

—¿Por qué queréis que cambie de vida? Porque Benito es dictador? Esas son cosas de hombres que a mí no me incumben.

Por la mañana, cuando su marido se va hacia el palacio de Venecia—palacio al cual doña Raquel llama «la oficina», como si se tratara de cualquier jaula de banco o de compañía de seguros—ella ordena el almuerzo, vigila la colada o el remiendo de ropa. Después hace recitar sus lecciones a Romano y a María. Más tarde baja al jardín.

.....

Cuando Raquel pasa algunos días en Rocca del Camminata, el magnífico castillo que regalaron a Mussolini los habitantes de la provincia de Ravena, ella se reúne de nuevo con sus parientes que cultivan las tierras del dominio. En esta atmósfera campesina está en su puesto y recobra valor y fuerzas para el resto del año.

Este olor de la campiña se lo trasmite a su marido. Como una «medium» lo pone en comunicación con las fuerzas primitivas.

Donde el mundo entero ve un emperador, ella no percibe sino al maestrillo que la besó hace un cuarto de siglo en la taberna de Pedrappio.

Silenciosa, Raquel espera que Benito la aguarde como en otros tiempos en la pequeña habitación de Forli, cuando él desesperaba de su estrella.